

Eduardo Labarca

Palabras pronunciadas en la
25ª Feria Internacional del Libro de Santiago
Sala Pedro Prado
Mesa de Conversación: *La verdad histórica emergiendo de la ficción*
Participantes: Mónica Echeverría, Eduardo Labarca, Virginia Vidal
Editorial Catalonia
Miércoles 2 de noviembre de 2005

La verdad histórica emergiendo de la ficción

Al venir a Chile suelo sentirme perdido. Pero hoy, tras escuchar a Arturo Infante y en compañía de Virginia Vidal y Mónica Echeverría, lúcidas autoras de diapasón variado, y rodeado por este público y tantos amigos, aterrizo en colchón blando.

Con Virginia y Minaya Díaz, su otro yo, hemos trabajado juntos, también hemos discutido. El ojo y la palabra de Virginia, sus artículos, sus ensayos, su espíritu intransigente nos ayudan a entender la trama cultural de este país, sus trampas, sus carencias. En medio de tanta farándula, su revista cibernética *Anaquel Austral* nos ilustra y refresca. A Mónica Echeverría la ha conocido sólo en el papel y en la pantalla, y en este instante, personalmente. La suya es una de esas voces que surgen por milagro. Su capacidad de proyectar un rayo halógeno sobre las grandes dinastías de este país sólo puede explicarse por el hecho de que escribe libremente desde el seno de ese mundo complejo. La imagen que emerge es en ocasiones repelente, pero nunca deja de ser humana. El libro-diálogo con su hija Carmen alcanza las alturas.

Me siento pues bien acompañado.

Ellas y yo nos enfrentamos a un gerundio inquietante: “La verdad histórica emergiendo de la ficción”... *emergiendo*... Toda la ficción que en el mundo ha sido ha tenido y tiene un enlace –a veces un cordel grueso y otras un hilo invisible– con la realidad exterior o subjetiva del hombre individual y colectivo. La Historia ha ofrecido siempre sustancia a la ficción. Odiseo, Ulises existió. Troya existió, e Ítaca. Existieron los reyes y señores de los poemas medievales, de la épica oriental, persa, europea. El Cid Campeador existió. Existió el rey Arturo. Los reyes de Shakespeare existieron. Los Tres Mosqueteros existieron. Las batallas de Walter Scott y de Tolstoi existieron. Por las novelas de dictadores latinoamericanos transitan tiranos reales. El Lautaro que Isidora Aguirre, aquí presente, llevó al teatro y el Lientur de su novela existieron. Como existieron el ñidoltoqui Pelantaro que le corta la cabeza al gobernador Loyola y el cura Barba que se pasa a las huestes mapuches en mi novela *Butamalón*. Y los personajes de la Historia que el cine nos despliega también existieron un día. Cleopatra existió, ¡cómo no!, y para mí siempre tendrá el rostro de Elizabeth Taylor.

La ficción *emergiendo* de la Historia, *visitándola*, *novelándola*, *metaforizándola*, *releyéndola*, *rescribiéndola* –y podríamos seguir con los gerundios– no es por tanto nada nuevo. Lo curioso, en cambio, es lo contrario: la realidad histórica *emergiendo* de la ficción. Y aquí caigo fatalmente en las ocho páginas de mi novela *Cadáver tuerto* que describen la escritura del diario apócrifo de un general asesinado, un tema del que quisiera desprenderme por fin esta noche para que mi novela sea leída de una vez por todas como tal. Ustedes probablemente saben que hace treinta años escribí en Moscú un diario inventado del general Carlos Prats que se editó en México y ha circulado profusamente. Una experiencia así deja huella: huella en la memoria y especialmente en el alma del autor. Es fuerte, sobre todo para un escritor. Tan fuerte que siguió penando

en mi ánimo y buscando salida hasta inspirarme un episodio de la novela, dictándomelo casi.

Yo escribí primero la parte central de esta obra, luego el comienzo y por último el final. Fue al escribir el comienzo que el tema se me impuso, insisto: en la ficción. Al escribir no me planteé el problema de la asociación que posteriormente alguien pudiera hacer con hechos reales, pues todo el libro era y es ficción. Por cierto la novela tiene un trasfondo, hay un país, sucesos y personajes que recuerdan a los nuestros. Pero como me decía una lectora, no es realista ni tampoco mágica, ni siquiera fantástica. De ahí que ella hablara de *irrealismo fantasmagórico*... yo no opino.

Saltemos ahora a la parte final del libro. Cuando el protagonista vuela de regreso al País bebiendo piscosauer en el avión, escribe una carta a las cuatro hermanas del general asesinado. Esa carta se me impuso, casi se escribió sola. Resultó necesaria en ese lugar de la novela. Es el nudo que ata y resuelve muchos aspectos de la experiencia vital del protagonista. Es una carta de introspección y de balance. Y en ese balance, al escribir a las hermanas del muerto al que había falsificado el diario, el protagonista entra necesariamente en comunicación con ellas, porque toda carta tiene dos puntas: remitente y destinatario. Las destinatarias, las hermanas, cobraron cuerpo y vida y se presentaron ante mis ojos mientras el protagonista les escribía. Me dirigieron miradas intensas y comenzaron a hablarme atropelladamente, las cuatro a la vez, interpelándome. Me dijeron que ellas habían formando siempre parte de la familia militar, pero que la familia castrense un día repudió a su hermano, lo excluyó de su seno y finalmente le dio muerte. El general fue asesinado por haberse acercado hasta quemarse a otra familia, la de los revolucionarios, la familia popular, a su líder, al presidente suicida, me dijeron. Recordaron que su hermano general fue fiel al presidente, pero se quejaron de que los

miembros de la familia popular respondieron a su fidelidad falsificándole el diario. No le falsificaron diarios al presidente ni a otros héroes de la familia del pueblo, insistieron; en cambio le falsificaron un diario a su hermano, que provenía de otra familia. En el fondo, en la familia popular acogieron cordialmente al general, le manifestaron estimación, pero nunca lo consideraron un pariente de sangre. Y después de muerto lo utilizaron, le colgaron un diario sin siquiera pedirles permiso a ellas, sus herederas, sus hermanas. Me contaron con dolor que ellas habían experimentado en carne propia vivencias similares a las de su hermano general asesinado: habían sido repudiadas por la familia militar, pero no habían encontrado un lugar propio en la familia popular. Habían quedado flotando solas, me dijeron las cuatro hermanas mientras el protagonista terminaba de escribirles esa carta. Y al terminar de redactarla –yo, el autor de la novela, escribí no menos de veinte versiones– y releeyéndola, pensé por primera vez seriamente en lo que sucedería cuando alguien asociara en Chile la novela con la realidad. La respuesta obvia seguía siendo que me había inspirado en el hecho conocido de que al general Prats le habían falsificado un diario, y punto. Pero en compañía de mis personajes, frente a las hermanas que me hablaban y mirándolas, divisé en torno a sus cuerpos el aura de las hijas reales del general Prats a quienes yo no conocía, y conociéndolas nebulosamente en ese instante, supe que en la vida real esta vez no me iría por la tangente. Que sería demasiado cruel agregar a los dolores de la muerte del padre y la madre, a la amargura que les produjo la aparición en México del diario apócrifo, a tanta soledad vivida por ellas en un ámbito situado a medio camino entre la familia militar y la familia popular de este país, agregar, digo, una nueva burla. Decidí entonces que si me preguntaban yo admitiría, como lo he hecho, haber escrito el libro *Una vida por la legalidad* hace treinta años.

El resto es conocido y ha salido en los diarios. Ahora bien, en este momento y en este asunto yo tengo dos lealtades. Una lealtad se ha desarrollado con el transcurso de los años y es fruto de la reflexión: la fidelidad a la verdad histórica y a las hijas del general Prats, a las que finalmente he conocido en persona. Se trata de mi lealtad más reciente. Muy anterior a ella es mi fidelidad a la familia popular a la que he pertenecido desde joven, diría que desde niño. Por fidelidad a la familia popular, cuando las hijas del general Prats me han interrogado sobre los orígenes del diario apócrifo, he callado los nombres y las circunstancias. Tratando de mantenerme fiel a ambas lealtades, he asumido toda la responsabilidad y recibo todas las cachetadas. Reconozco que la situación es algo ambigua como muchas cosas en la vida. Con todo, estoy seguro de que la verdad histórica *emergiendo*, aunque sólo a medias, de la ficción en este episodio literario servirá para algo en un paisito donde los autores y cómplices de los crímenes más abyectos siguen amnésicos y donde a la familia popular se le suelen olvidar algunas cosas.